

Tejeira: Un pueblo del Bierzo (León) *

Por Prisciliano CORDERO DEL CASTILLO

I.—LA AVENTURA DEL VIAJE

Muy de mañana, uno de los primeros días del mes de marzo pasado, la Directora de las Cátedras de la Sección Femenina, el Director de la Escuela Sindical y yo, como sociólogo de la Organización Sindical, salimos de León camino del Bierzo en misión de reconocimiento.

El padre Valera, «misionero» de las comunidades del alto Burbia, había solicitado a la Delegación Provincial de la Sección Femenina los servicios de una Cátedra para uno de los pueblos del valle.

En Villafranca nos esperaba un Land Rover a las 10,30 y no había tiempo que perder. Después de una breve parada en Ponferrada para tomar café en el Hostal del Temple, seguimos el camino para llegar puntuales a la cita con Pepe, el conductor del Land Rover que nos trasladaría a nuestro punto de destino: Tejeira. En la plaza de la Alameda, de Villafranca, hicimos el cambio de coche, y a las 11 de la mañana emprendimos la aventura por el valle del Burbia arriba.

A pocos kilómetros de Villafranca, la carretera de Paradaseca, de buen firme de piedra, pero excesivamente estrecha, comienza a elevarse sobre el valle y a serpentear montaña arriba, ofreciéndonos todo un abanico de a cuál más bellos y originales paisajes: paisajes de montaña rocosa, inundada de luz y color, paisajes de laderas cubiertas de brezos rompiendo a florecer, paisajes de frágiles puentes colgados sobre el abismo y de senderos de belenes que unen la carretera con los pequeños poblados que quedan ocultos en cada hondonada.

Pepe nos ve sorprendidos por la belleza del paisaje, que para él era tan ordinario, y advierte en nosotros el temor disimulado y en ocasiones hasta el pánico, cuando la carretera parece desplomarse en el abismo o cuando, en cada curva, el Land Rover nos muestra los pequeños meandros que el Burbia va formando allá abajo. Pero Pepe, que es bueno, callado y comprensivo, sin aludir directamente a nosotros, nos tranquiliza al decir que hasta el presente, en los dos años que él lleva haciendo ese recorrido, no ha tenido ningún accidente.

* Presentamos este artículo como gráfica y triste muestra de una realidad olvidada en nuestro país: los poblados de zonas submarginales. (Nota de la Redacción.)

Después de 12 kilómetros de angosturas llegamos a Paradaseca, donde dejamos la carretera para coger uno de esos senderos zigzagueantes que va bajando y trepando según le dictan los valles y collados. Los tres a una, con la plena adhesión de nuestro conductor, coincidimos en calificar de autopista a la carretera que acabábamos de dejar atrás, al compararla con el sendero que, a lo largo de 18 kilómetros y en el tiempo de una hora y cuarenta minutos, nos serviría para atravesar una serie de valles y montañas hasta poder llegar a Tejeira. Desde este momento pierde importancia el paisaje, no porque haya perdido originalidad y belleza, sino porque aumenta en nosotros el nerviosismo de una forma manifiesta.

El Land Rover, de doble tracción, va haciendo todo lo que puede, a trozos para salir del lodo que cubre el camino, a trozos para no resbalar por la escarpada roca en que se asienta el sendero sobre el precipicio. Afortunadamente, a la altura de Villar de Acero encontramos la vereda cortada por un desprendimiento de peñas. Digo afortunadamente porque este incidente nos permitió hacer un alto, respirar profundo y relajar los nervios. Nos apeamos del Land Rover y nos pusimos «manos a la obra» a limpiar el camino. La operación fue breve, gracias a la pericia y larga experiencia de Pepe en estos menesteres. Con nuevos ánimos emprendimos la curvilínea final que duraría otros muy largos y difíciles ocho kilómetros.

Al final del camino, donde las montañas se entrelazan para cerrar el paso y hacer frontera entre León y Lugo, a la sombra de Peñarrubia, el valle se abre en forma de gran caldera y alberga en la ladera sureste un puñado de casas y pallozas, colgadas unas sobre otras y presididas por la ermita de Nuestra Señora de Pentecostés, que, colocada en lo alto de un cerro en forma de atalaya, se yergue sobre el poblado.

Al doblar la última curva, cuando se comenzó a divisar la rinconada que recoge las setenta y cuatro personas de Tejeira, no pudimos disimular nuestra admiración y contento, exclamando en loas para el paisaje y para el pueblo. Pepe, no muy seguro de haber entendido nuestras exclamaciones, pero intuyendo el significado de las mismas, nos desengañó con una sonrisa maliciosa y sapiencial, que hizo acompañar del refrán: «No es oro todo lo que reluce». Muy pronto nosotros mismos podríamos comprobar que Tejeira, de gran belleza en su ecología natural, era una maqueta de todos los males que puede tener una sociedad primitiva, pobre y marginada.

Como Pepe, además de taxista, es el presidente pedáneo y el dueño de la única tienda, cantina y fonda que existe en el pueblo, nos llevó a su casa, donde nos esperaba su mujer, Asunción, con la comida en la mesa: tortilla de patatas, jamón y chorizo; luego prepararía unos filetes que le traía su marido de Villafranca, y así, después de dos horas y veinte minutos de viaje, entre la abundancia de la mesa y una buena dosis de apetito, disfrutamos de una opulenta comida.

Después de comer, entre claros y chubascos, dimos un recorrido por las calles del pueblo, si es que a aquellos senderos y pasadizos que van de una casa a otra se los puede dar el nombre de calles. Inmediatamente pasamos a ser noticia en todo el pueblo, y se corrió la voz de que Pepe había traído a unos señores de León que venían a hacer no sé qué cosas. Las señoras y los niños, asomados a las puertas, y los hombres, en corrillos a las esquinas, todos seguían nuestros pasos con inquietud. Hasta que la Tomasa, con calzas hasta la rodilla, zapatillas a chancleta, el pañuelo atado al moño y unas sayas pardinegras, se acercó a nosotros y, en un

medio gallego medio castellano, nos preguntó por el Dionisio, su hijo, que había ido al médico a Madrid y ya hacía veinte días que no sabía nada de él.

—Señora, nosotros no venimos de Madrid, y no sabemos nada de su hijo—se adelantó uno de nosotros a contestarle.

Pero ella insistía:

—Díganle que nos escriba, que mande noticias por ustedes, que su padre y yo estamos preocupados.

Así fue cómo se rompieron las distancias entre nosotros y el pueblo y así fue cómo todos, uno tras otro, primero las mujeres y luego los hombres, se acercaron a hablarnos cada uno de sus penas y todos de la triste situación del pueblo. «Nos esperábamos tener luz y tener carretera; pero hay que se fastidiar, que nadie se acuerda de nos», comentaba un señor de unos cincuenta años y de baja estatura, aminorada por la casi extravagante vestimenta que llevaba: pantalones muy anchos y excesivamente largos, chaqueta muy pequeña, de mangas raídas, y una gorra caída hacia adelante, que cubría parte de su cara.

El aspecto del pueblo, de las casas y de la misma gente era deprimente: las calles estaban encharcadas entre fango y estiércol, que con la lluvia escurría por los pasadizos adelante; las casas, muchas de ellas con una sola puerta de entrada, y de muy reducidas dimensiones, son compartidas por los animales domésticos y sus dueños. Todas ellas están precedidas de un minúsculo huertecillo, en donde almacenan el estiércol de los animales, por encima del que necesariamente tienen que pasar al entrar y salir de casa. Las gentes son sencillas, cargadas de bondad natural para el forastero, envejecidas en su juventud, mal vestidas y con falta de alimentación, encorvadas por ese afanoso subir y bajar a la sierra y en un estado tal de primitivismo sólo imaginable para sociedades del Tercer Mundo.

Los hombres de Tejeira no se han enfrentado a la Naturaleza ruda e inhóspita que les rodea, no han luchado lo suficiente para dominarla y hacerse superiores a ella, se han acomodado a sus exigencias, se han mantenido en un plano de pura aceptación del medio ambiente. Las mujeres, de aspecto serrano, enfundadas en colores oscuros inidentificables, iban y venían al campo cargadas con arados romanos al hombro y con grandes fajos de heno a la cabeza o a las espaldas. Los niños estaban desnutridos, descalzos y mal vestidos.

Estas impresiones que nos produjeron Tejeira y sus gentes nos hicieron dar un **SI** rotundo a nuestra misión. Sí a hacer todo lo que se pueda por estas gentes. Sí a dar a conocer esta situación a nuestra sociedad leonesa. Sí a que una Cátedra de la Sección Femenina se trasladase a Tejeira durante unos meses para convivir con aquellas gentes y enseñarles lo más elemental para elevar aquellas condiciones de vida a plano humano.

II.—UN DÍA DE CONVIVENCIA EN TEJEIRA

Ya han pasado varios meses desde aquella primera visita de inspección, y la Cátedra lleva ya varias semanas en Tejeira. La Directora me invitó a dar unas charlas o, mejor, a pasar un día de convivencia con las gentes de Tejeira. Acepté gustoso y volví a repetir la misma aventura

del viaje con el fin de conocer un poco más detalladamente la situación de las gentes de Tejeira.

Pocas veces he vivido horas tan apretadas, sin un programa prefijado, pero sin un minuto libre para reponerme de una sorpresa y caer en otra aún mayor.

A las pocas horas de convivir con los vecinos de Tejeira, después de compartir su comida, su casa, sus preocupaciones y hasta su indignación, pude ir apreciando las siguientes situaciones dignas de mención:

1. Estratificación social.
2. Vivienda.
3. Salud e higiene.
4. Servicios.
5. Tradiciones.

1.—Estratificación social.

Tejeira, sociedad exclusivamente rural y en un alto grado de aislamiento social, no varía mucho de esas sociedades actuales subdesarrolladas del Tercer Mundo o de aquellas otras históricas donde la madre Naturaleza lo era todo, donde el culto a la Naturaleza, a la fecundidad y a la mujer se identificaban, donde la mujer, símbolo de la fecundidad y de la abundancia, ocupaba un lugar preferente en la sociedad. A las pocas horas de vivir en Tejeira se descubre un sistema familiar eminentemente matriarcal, aunque hoy se encuentre en fuerte crisis, debido a las nuevas ideas que aportan los emigrantes a su retorno al pueblo.

En Tejeira, la mujer es la encargada del hogar: ella prepara el caldo, hace las labores y atiende a los niños; pero, además, es la que carga con el arado romano al hombro y sale a hacer las faenas del campo, muchas veces acompañada de su marido. Ella guía las vacas durante la arada y abona las reducidas parcelas repartiendo cuidadosamente el estiércol y desmenuzándolo con sus propias manos; ella es la que acarrea el heno cargándolo sobre su cabeza y la que, en otras épocas, se pasa el día en la montaña cuidando de sus vacas y sus cerdos. A la vuelta del trabajo del campo, ella tiene que «despachar» (ordeñar y dar de comer al ganado), mientras su marido contempla impasible estas faenas y espera a que su mujer termine para prepararle la cena.

Esta preponderancia de la mujer en la relación trabajo la concede un primer puesto entre los miembros de la familia y en la misma sociedad, y ella, para hacerse más acreedora a tal «status», intensifica su participación en la relación trabajo, olvidándose de otros aspectos fundamentales. No sabe leer ni escribir, pero tampoco la preocupa; no anda aseada ni se arregla, pero no le interesa, ya que conquistará a su marido y ganará su estima, más que en estos valores, en la productividad dentro de aquellas estructuras económicas de mera subsistencia. De aquí que en Tejeira, siendo una sociedad eminentemente matriarcal, la mujer haya terminado siendo una esclava de su marido, de su familia y de la sociedad. Mientras, el «home» de la casa, partiendo de su condición de dominado, se ha convertido en el señor, con tiempo libre para marcharse a las ferias de todo el contorno, para charlar con los otros «homes» del pueblo o para presumir de una esposa trabajadora y muy dueña de su casa. De hecho, la Cátedra constató que la asistencia de los hombres siempre fue masiva a todos

los actos programados, mientras que las mujeres asistían, mucho peor vestidas y aseadas, sólo a los actos que tenían lugar en la noche, una vez que terminaban las faenas propias de su condición.

2.—La vivienda.

El retorno de los emigrantes a Tejeira está cambiando el sistema de vivienda. De hecho son ya ocho las familias que, después de haber hecho unos ahorros en el extranjero, han vuelto al pueblo y han sustituido las pallozas por casas que reúnen las condiciones mínimas de habitabilidad. Hoy día son ya pocas las pallozas que quedan en el pueblo y menos aún las que aún siguen siendo habitadas. La estructura de todas ellas es bastante similar a la que habitan Juan y Lucía, matrimonio de veintisiete y veintiún años, respectivamente. Su palloza, de forma circular, tiene un muro de peñas apiladas unas sobre otras y unidas con argamasa de fabricación casera, de dos metros de alto, en el cual se abren una sola puerta y tres minúsculas ventanillas. De este muro arranca en forma cónica un armazón de maderas que alcanza unos siete metros de altura. Este armazón va recubierto exteriormente por una espesa capa de paja larga de centeno, que forma la techumbre.

El espacio interior de la palloza está distribuido en partes proporcionales para los animales y para las personas, partiendo del «llar» o piedras colocadas en el centro, donde se hace el fuego. Alrededor del «llar» hay unos troncos arreglados que sirven de bancos. A la izquierda, separadas por unas tablas atravesadas y discontinuas, se encuentran las dependencias de los animales. Sobre esta parte para los animales hay un techumbre hecha de palos y paja majada, que forma una segunda planta, en donde colocan la ropa. En la parte derecha del «llar» se encuentran las dependencias de la familia: un gran salón comedor, continuación del «llar», y dos dormitorios, cuyas paredes están formadas por tablas contiguas.

La iluminación, necesaria durante todo el día, la hacen con gabuzos o palos secos de urces.

Pero lo más común en todo el pueblo es la casa de planta alta, en la que la parte baja está destinada a los animales, y la parte alta, a la vivienda de las personas. En este tipo de vivienda, el «llar» está también en la parte baja, separado de los animales por tablas ralas. También existe otro modelo de vivienda de planta baja, con una única puerta de entrada, cuya estructura interior es muy parecida a la de las pallozas.

Como las condiciones de higiene y sanidad en las viviendas no permiten la conservación de los animales en la propia casa, existen en el pueblo varios hórreos, muchos de ellos compartidos por varias personas, en donde guardan la matanza y las cosas de valor, ropas, vajilla de la fiesta, etc. Estos hórreos, que son compartidos por varias personas, están divididos en compartimentos, algunos de ellos no mayores de dos metros cuadrados, totalmente independientes y con una puerta-ventana de acceso a la calle. La propiedad de uno de estos compartimentos fue canjeada hace tres años por un huerto de 35 metros cuadrados.

El mueblario de las casas es rústico y muy antiguo, y muchos de los arcones, armarios y sillas son de fabricación casera. Por otra parte, al no existir luz eléctrica en el pueblo, no hace falta decir que los electrodomésticos y tantos otros servicios de nuestra sociedad son desconocidos en todo Tejeira.

3.—Salud e higiene.

Como nota típica de una sociedad aislada y encerrada en sí misma, en Tejeira se ha dado un alto grado de endogamia, cuyo resultado más mensurable es el alto número de subnormales en el pueblo, que alcanza un total de ocho personas.

Otra enfermedad bastante generalizada en Tejeira es el bocio, principalmente entre mujeres y a partir de los cuarenta y cinco años. El único tratamiento que se está siguiendo en todo el pueblo para combatir esta enfermedad es el recetado por un brujo o curandero de la provincia de Lugo, que, en tiempo inmemorial, dio a los antepasados de una de las familias del pueblo. El tratamiento consiste en tomar dos veces al año y durante nueve días seguidos un vaso de agua con unas gotas de yodo.

También se puede considerar como enfermedad el raquitismo en toda la población, pero principalmente entre los niños, cuya mortalidad es del 80 por 100. La falta de alimentación y de contenido vitamínico es sorprendente.

La dieta diaria de alimentación, generalmente, está formada por un caldo y, desde hace pocos años a esta parte, por un poco de leche en el desayuno; a media mañana suelen tomar un trozo de tocino y una rebanada de pan; la comida, que suele ser entre las dos y las cuatro de la tarde, dependiendo del trabajo que esté desempeñando la mujer en el campo, consiste en un «caldo más concreto, con berza y hebra de cerdo»; y luego la cena, formada por cachelos y un trozo de tocino. Si un día la mujer no tiene tiempo de preparar la cena, la suple con «un caldo concreto».

El caldo lo preparan en una olla grande, para cinco o seis días, y los ingredientes principales son: berza, tocino, hebra y chorizo.

La falta de una alimentación racional y la falta absoluta de higiene en los alimentos y en las mismas comidas producen una desnutrición en los niños y un envejecimiento prematuro en los mayores, que eleva el índice de mortalidad a cualquier edad. Es raro el hombre o mujer que a la edad de cuarenta y cinco o cincuenta años no ha perdido toda o al menos parte de su dentadura.

Si la alimentación es deficiente, es aún peor la higiene de los alimentos almacenados sobre el techo de paja del establo o colgados en la casa compartida por animales y personas, la higiene de las casas y de las mismas personas, habituadas a pasar por encima del estiércol apilado a la entrada de la vivienda, al convivir con sus animales domésticos y a practicar poco el aseo personal, ya que no es un valor de su cultura. Recordemos que las mujeres son las encargadas del trabajo en la cocina y en el establo, solamente separados por unas tablas, y que ellas mismas cargan el estiércol y lo desmenuzan con sus manos para repartirlo mejor en sus pequeñas parcelas.

Todo este entorno físico más la casi total ausencia de asistencia médica hace que la «esperanza de vida» de Tejeira sea notablemente inferior a la media nacional y provincial, y que las enfermedades que se declaran sean prácticamente incurables, ya que primeramente acudirán a tratamientos caseros y sólo en última instancia llamarán al médico. Recordemos también que el médico más próximo se encuentra en Villafranca, a 28 kilómetros de distancia y, sobre todo, a dos horas y veinte minutos de aventuras por intransitables senderos.

4.—Servicios.

En todo el pueblo no existen más profesionales que el maestro nacional o maestra, que cambia cada año y que, por el sano afán de permanecer en contacto con la civilización, se siente tentado a hacer más puentes de los reconocidos oficialmente.

El servicio médico, como dijimos antes, prácticamente no existe. La distancia, el tiempo y el costo de los traslados hasta el puesto médico más próximo hace que los vecinos de Tejeira sólo acudan al doctor en casos de verdadera gravedad, con la inseguridad de no poder ser atendidos o de ser recetados desde el mismo Villafranca, según la versión que cada uno dé de la enfermedad del paciente.

Los casos de urgencia prácticamente no tienen solución, porque se necesitaría, primero, que el Land Rover de Pepe estuviese disponible; luego, dos horas y media para llegar a Villafranca, encontrar al médico también disponible, otras dos horas y media de vuelta, auscultación, pronóstico y prescripción médica, más otras casi cinco horas para ir en busca de los medicamentos y traerlos, con el consiguiente gasto económico que todos estos viajes suponen, superiores a sus limitadísimas economías.

Esta es la razón por la que en Tejeira se prefieren los remedios caseros y los dados por brujos o curanderos de la provincia gallega vecina, que son más económicos y valen de una vez para otra.

En cuanto a los servicios religiosos, existe prácticamente la misma carencia. Allí, de cuando en cuando, cada tres o cuatro meses, sube el sacerdote encargado de casi todo el valle, y luego en alguna fecha señalada del año para dar la primera comunión a los niños o para bautizar.

Cuando hay enfermos en la familia, no se suele avisar al sacerdote, pero sí cuando ha muerto alguien, y no se hará el entierro hasta que no llegue el sacerdote, aunque haya que esperar tres o cuatro días por él. El respeto y culto a los muertos es muy grande, y la pérdida de algún miembro de la familia va acompañada de grandes demostraciones de duelo y dolor, con llantos en casa y en el «sagrado» o cementerio.

Otros servicios que pueden depender de la luz eléctrica son desconocidos, como la televisión, electrodomésticos, etc. En el pueblo no entra ningún periódico, y aunque hay varios aparatos de radio-transistores, parece que no son muy escuchados, por hablarles de un mundo que ellos desconocen. Casi las únicas noticias que reciben de fuera son las que les mandan sus hijos emigrados y las que traen los «homes» cuando van a las ferias de Villafranca, Cacabelos y, en general, a todas las celebradas en el Bierzo, donde suelen pasar dos o tres días tratando de vender sus productos: jamones curados y acaso uno o dos terneros. Cada familia suele tener dos vacas, que les ayudan en las faenas del campo, les dan una cría al año y leche suficiente para el poco consumo que en la casa se hace. Sólo dos familias del pueblo tienen cinco vacas cada una, y hay alguna otra familia con tres y cuatro.

Su situación económica depende de las ventas que hagan en esas ferias, que muchas veces, según nos cuenta alguno de los interesados, por no volver con sus productos para casa, los tienen que dar medio regalados.

En cuanto a los servicios en general, podríamos concluir diciendo que carecen de todo servicio.

5.—Tradiciones.

Por tratarse de un estudio muy somero, me voy a limitar a describir la fiesta de Nuestra Señora de Pentecostés, que celebran el mismo día de Pentecostés o el día más próximo a esta fecha que puedan contar con un sacerdote en el pueblo.

El día de la fiesta, muy de mañana, se reúne todo el pueblo en la iglesia y, colocados todos los santos sobre sus andas, comienzan la procesión de las «Mortajas». Esta va precedida por la cruz y los faroles; luego le sigue San Lorenzo, que va a hombros de los niños del pueblo; a continuación, una imagen de la Virgen, que llevan las mozas; luego, Nuestra Señora del Rosario, que es una imagen del Niño Jesús de Praga, a quien en Tejeira confunden y disfrazan de Virgen, con manto, pendientes y collares; esta imagen es portada por las casadas. Finalmente van las andas de Nuestra Señora de Pentecostés, las únicas que van arregladas con guirnaldas de flores. La imagen de Nuestra Señora de Pentecostés es portada por los mozos del pueblo. Detrás de Nuestra Señora van las «Mortajas», hombres y mujeres del pueblo que durante el año han recibido alguna gracia de la Virgen. Generalmente se trata de curaciones que ellos consideran milagrosas. Las «Mortajas» van enfundados en túnicas que originalmente fueron blancas, pero que ahora, deshilachadas y sucias, tienen color de túnica de dómine, y hacen todo el recorrido descalzos.

Después de varias horas de recorrido llegan a la ermita, a cuyas puertas se encuentran los ancianos del pueblo que también hayan recibido algún favor de Nuestra Señora durante el año, y con una ceremonia llena de colorido dan la bienvenida a la Virgen, dando tres vueltas alrededor de la ermita y haciendo sonar unas esquilas que llevan atadas a las rodillas. A continuación se celebra la santa misa, y de esta forma termina la parte religiosa para dar paso a la parte folklórica.

Por ser el día de «a festa» hay comida especial: caldo, garbanzos y carne, y de postre, una especie de mazapán.

Tanto para la procesión como para el baile se engalanan con sus mejores ropas; los jóvenes, con ropa más o menos moderna, y los mayores, con el vestido de la mortaja, ropa que han comprado de mejor calidad y que esperan les sirva para el día de su entierro.

Después de comer suben de nuevo a la ermita, y allí tienen el baile en la «campa de Nuestra Señora» hasta entrada la mañana del día siguiente.

En este Tejeira del Bierzo, como en otros muchos tejeiras de nuestra provincia, una vez al año rompen su monotonía diaria y se visten de fiesta; una vez al año son visitados por forasteros; una vez al año lloran y cantan en torno a Nuestra Señora, y luego se vuelven a ocultar en su mundo de miseria, de olvido y de marginación. ¿Hasta cuándo?